

METTERNICH Y AMÉRICA

Por el Académico DR. ENRIQUE DE GANDÍA

Metternich fue el hombre que más a fondo conoció en Europa la política americana. Nació en Coblenza, Alemania, en 1773, y murió en Viena, en 1859, cuando sus ideales habían sido barridos. Mucho se lo ha estudiado, como diplomático, estadista y protagonista de aventuras amorosas. Puede ser comparado con Casanova de Seingelt en la parte secreta de su biografía, y, como él, escribió sus memorias. Aprendió de los jesuitas, con quienes estudió, el difícil arte del don de gentes. Su tiempo fue el de Napoleón, de Alejandro I de Rusia y de Fernando VII. No se ha dicho que fue también el de San Martín y de Bolívar. La perspectiva de los historiadores europeos no siempre ha alcanzado a América. Esta debilidad ha hecho que no llegaran a comprender, a pesar de tantas colecciones documentales y obras críticas, el significado, profundo y complejo, de la historia europea en los años más dramáticos y trascendentes de la historia mundial. Creyeron y creen que la historia de comienzos del siglo XIX es una historia de Europa, mientras que, en cambio, es una historia del mundo.

Los biógrafos de Metternich, por no hablar de los innumerables que han estudiado a Napoleón, lo ven con una visión que suponen muy amplia, mientras que no pasa de estrecha e incompleta. El destino de aquellos años fue creado, indudablemente, por Napoleón y decidido, no por Metternich, como se supone, sino por San Martín y

Bolívar. Los historiadores de la vieja Europa, tan indiferentes en estos estudios euroamericanos, como ingenuos en sus imaginaciones, han escrito la vida de Metternich enfrentándola con la de Napoleón. Los proyectos del francés fueron incomparablemente superiores, en sus alcances mundiales, a los del alemán convertido en príncipe y canciller austríaco. Mientras uno extendía sus miradas al planeta, el otro se empeñaba en mantener un absolutismo político cuya hora final habían marcado, en forma definitiva, los grandes héroes de América. El desdén, desde Hegel en adelante, con que los historiadores europeos han mirado, no decimos contemplado, la historia de América, y su consiguiente desconocimiento, los han mantenido encerrados en el pozo oscuro de sus políticas lugareñas. No han sabido salir de las murallas de sus ciudades o de sus Estados.

La realidad de la historia europea, en los años en que Napoleón quiso dominar Europa, fue la de una decadencia total de sus tradicionales ideas políticas. Los nuevos maestros de la historia no juzgan, como los antiguos, la historia europea como un duelo entre la Francia napoleónica y la Rusia alejandrina. La semilla de estos hechos está mucho más lejos. Son consecuencias que se esfuman en los mayores e inútiles fracasos. El pensamiento de la libertad e igualdad de todos los hombres es tan antiguo como el cristianismo. Su genealogía llena la Edad Media, tiene una eclosión sorprendente en América, se convierte en la polémica más grande del mundo con las discusiones de Las Casas y Ginés de Sepúlveda, inspira a los ideólogos franceses del siglo XVIII y da por resultado la separación de las colonias inglesas de la América del Norte y de las españolas en el Sur.

Cuando se hizo la independencia de los Estados Unidos, en 1776, y se discutió su Constitución, Napoleón, Metternich y demás personajes del drama habían nacido. No sabían, aquellos jóvenes, que serían protagonistas de un problema americano, además de europeo. Tampoco lo saben los historiadores que han tocado estos hechos. La realidad es que la llamada revolución norteamericana inspiró la revolución francesa de 1789 y ésta, con sus excesos, crímenes y locuras, trajo el hartazgo de la sangre y vio con alegría el surgimiento de Napoleón, que la aplastó.

Los dados estaban echados. La suerte iba a ser la del Nuevo Mundo, no la de Europa, que empezó a vivir su decadencia y a temblar por el fin de sus coronas. Fue un instante que los historiadores no han advertido por no poner sus ojos en la historia de América. El triunfo del republicanismo, de la democracia, del liberalismo, del constitucionalismo, marcó, por primera vez en la historia del mundo, una división como jamás se había soñado. Era el hundimiento de las monarquías absolutas y la victoria inconcebida, inexplicable, de los derechos del hombre, del gobierno del pueblo sobre los reyes, del oscurecimiento de la nobleza. Por algo dijo alguna vez Chateaubriand que, a pesar de sus discutibles ideas, tenía algún talento: "Cuando América sea republicana las monarquías europeas estarán perdidas". Fue uno de los pocos aciertos de los estadistas e historiadores europeos. Otros también lo comprendieron, pero lo callaron. No querían confesarlo y, menos, esperarlo. Las monarquías, en efecto, estaban heridas de muerte. El constitucionalismo las arruinaría para siempre, sin esperanza de resurgimiento. Las Constituciones ponían un freno al gobernante. No importaba que fueran vitalicios, se llamaran reyes, emperadores o presidentes. Lo que importaba era que el pueblo gobernaba en su nombre, no en el de Dios, y el gobernante debía aceptar lo que resolviese el Congreso y estableciese la Constitución.

Esta verdad histórica, indiscutible, fue la que enfrentaron Napoleón, Alejandro I, Metternich y otros personajes de aquellos momentos en que el mundo se vio dividido, por primera vez en su historia, entre un período monárquico absolutista, que moría para la eternidad, y otro período liberal que nacía en el escenario más grande de la Tierra y con ejércitos como la historia humana nunca había conocido.

Este es el mundo histórico en el cual hay que estudiar a Napoleón y a Metternich. Digamos, de entrada, que los dos estadistas lo adivinaron y lo temieron. Napoleón encontró en España el fin de su gloria. España no era sólo España. Era América, o sea, una parte del mundo: la más rica, la que ofrecía un mayor comercio, la que tenía habitantes nativos y blancos, hijos y nietos de españoles, tan aguerridos como los que derrotaban a las águi-

las imperiales en la Península. Pelear contra España era pelear contra América, contra el mundo, porque el resto del mundo no contaba. El Oriente era una leyenda; el África, una tiniebla. Oceanía no se concebía. Lo que inquietaba era la actitud que asumiría América. Y América, en un principio, con la revolución del 2 de mayo de 1808 —la de mayor trascendencia en la historia terrestre— se hizo antifrancesa y antinapoleónica; pero Napoleón, al comprobar que los americanos no aceptaban a su hermano José I Bonaparte como rey, fue el primero en secundar sus ideales y empujarlos a la independencia. Había que impedir que América cayese en las manos de sus enemigos. Por ello envió emisarios, más o menos secretos, a distintas partes de América para que fomentasen la independencia. Algunos fueron decapitados o fusilados. Otros lograron sus propósitos. No tenían mucho que conspirar. Los ayudaban las ideas constitucionales, parlamentarias, que, desde tiempo antes, se habían esparcido por España, Europa y, en especial, América. El Nuevo Mundo no sólo era nuevo por haberlo reencontrado Colón, sino porque cultivaba ideas nuevas, que tenían sus viejos fundamentos e iluminaban las enseñanzas de la revolución norteamericana. Santo Tomás, el maestro insuperable, había inspirado a Locke, a Paine y a los constitucionalistas de los Estados Unidos. Muchos no lo habían leído, pero los autores que consultaban lo conocían. Es así como el pensamiento hispanoamericano, tan descuidado por los historiadores europeos, no españoles, que han tocado este tema, volvió a Europa y fue el arma más terrible que apareció frente a Napoleón, emperador absoluto, y los otros reyes, de remotas genealogías, más absolutos que el corso supremo.

Algún historiador ha querido presentar a Napoleón como hijo de la revolución francesa y a Metternich y a los monarcas entre quienes vivía como autores de una contrarrevolución. Si Napoleón fue hijo de la revolución de 1789 fue hijo desalmado y desnaturalizado porque no la sostuvo ni continuó. Por el contrario: empezó a sobresalir cuando ella agonizaba. En cuanto a los otros no hicieron ninguna contrarrevolución, sino un intento de prolongar el absolutismo en que habían nacido. No combatían la revolución francesa, que había muerto en su

fracaso y en su indignidad. Combatían el liberalismo hispanoamericano que se imponía en una parte del mundo, pasaba a España y de España amenazaba extenderse al resto de Europa.

Fue este pensamiento hispanoamericano, que hablaba de libertad, de derechos del hombre, de Congresos, Parlamentos y Constituciones, el que cambió la historia de Europa y dio origen a los nacionalismos europeos y americanos. El nacionalismo en Europa, sin perdernos en antecedentes lejanos, renace con la oposición a Napoleón. Los pueblos no quisieron vivir oprimidos por Francia. Quisieron ser lo que siempre habían sido. Por ello se impone el romanticismo, lo que se escribe en romance, en la nueva lengua surgida de la lengua romana, el latín, en cada país de Europa. Se leen las novelas escritas en romance y se dejan los textos en latín a los teólogos y juristas. Esto comenzó a fines del siglo XVIII y, con la lucha contra Napoleón, se fortificó y definió en un estilo y en un ideal de libertad. En todas partes se hablaba de independencia. La guerra española contra Napoleón fue una guerra de independencia. Los hispanoamericanos que luchaban contra el absolutismo, contra el dominio de un Consejo de Regencia o gobierno en Cádiz o en Madrid, más tarde, sin Congreso ni Constitución, decían que luchaban por su independencia. Los pueblos de Europa también combatían por su independencia. Nadie quería depender más que de sí mismo. Esta independencia dio origen a los federalismos americanos, a la disgregación en naciones del posible imperio americano soñado por San Martín y Bolívar y (cada nación) se dividió en provincialismos o localismos con un gobernador vitalicio o caudillo absoluto que rechazaba Constituciones y se negaba a reconocer Congresos superiores a su voluntad. El nacionalismo europeo o sentido de la independencia de cada grupo histórico significó un mundo realmente nuevo en la vieja Europa. Nunca había habido una época semejante. Napoleón creyó que podía dominarla con sus ejércitos. Alejandro I de Rusia, que seguía los consejos de la trastornada madame Krüdener, mística, teósofa y otras cosas, imaginó la Santa Alianza, pacto sagrado de los monarcas europeos para detener los avances del liberalismo, democracismo, parlamentarismo y constitucionalis-

mo. Era la montaña liberal que se venía encima de las decrepitas monarquías en que sus reyes gobernaban por derecho divino. Todos los pueblos quisieron ser naciones. Bolívar se indignaba y sorprendía de que diminutas aldeas pretendiesen enviar sus representantes a Washington. En Europa no había grupo racial que no aspirase a ser un Estado. Este ideal fue el que tuvo en cuenta el presidente Wilson cuando reformó media Europa y trajo los males que aún vivimos.

Metternich, convertido en príncipe y en amo de Europa, quiso combatir los nacionalismos. Al mismo tiempo, con su incongruencia, combatió al napoleonismo que amalgamaba todos los nacionalismos. El ideal de la Santa Alianza y la fusión de los nacionalismos europeos es el que, al verse débil y vencida por sus propias guerras, Europa ha adoptado en la actualidad y llama comunidad europea. Son los enemigos, destrozados por sí mismos, que deben abrazarse para no caer, todos juntos, en la fosa común.

Metternich era hijo de alemanes y se puso al servicio de Austria. Detestaba la música alemana y prefería la francesa. Estudió en el mismo colegio diplomático de Estrasburgo donde había estudiado Talleyrand. No quiso a su mujer, pero sí a otras muchas que tenían marido. Tocaba el violoncello. Vio de lejos la revolución francesa, con todos sus horrores, y leyó a Goethe. Éste creía que, con esa revolución, comenzaba en el mundo una nueva era. Uno de los muchos errores del excelente poeta. Metternich conoció a Pitt, el ministro inglés que tanto trató a Miranda, y supo el poder que tenía la marina inglesa. En 1794, con su familia, se fue a Viena. Al año siguiente se casó por conveniencia. La ciudad no era la de años más tarde, ni la de hoy. Metternich tenía entonces veintitrés años. La política, en aquellos momentos, estrechaba la amistad entre Austria y Francia y fomentaba la enemistad con Prusia. Austria había sido derrotada en la paz de Campoformio. Lo sensato hubiera sido una aproximación a Prusia. Por ello cayó el ministro Thugut y Metternich fue nombrado ministro en Dresden. El joven plenipotenciario tenía veintinueve años. Empezó a desarrollar un acercamiento con Prusia.

Metternich fue trasladado a Berlín. Pronto lo fue a

París. Era consejero privado del emperador de Austria. Tenía treinta y cuatro años. No había ningún consejero más joven. Pasó a ser embajador. Conoció a Napoleón en 1806. Los ingleses trataban de conquistar América en una operación conjunta y eligieron el Río de la Plata. Beethoven empezaba a destacarse con *Fidelio*. Austria perdió media Europa y se quedó con Venecia y Galitzia. Inglaterra fue derrotada en Buenos Aires en 1806 y 1807. Sus sueños de dominar la América española quedaron deshechos. Metternich ignoraba estos propósitos. Los historiadores de hoy los conocemos. Cada nación desarrollaba su política. Austria y Metternich tenían sus visiones. Gran Bretaña miraba mucho más lejos. Otro hombre semidesconocido, Francisco de Miranda, creía en las promesas inglesas y soñaba convertir América en la nación más poderosa de la Tierra. Metternich vivía al margen de estas políticas ocultas. Se ocupaba en conquistar la amistad de Talleyrand, el Cínico, y de Fouché, el Tenebroso: futuros traidores de Napoleón.

Llegó el 1808 con las renunciaciones de Bayona, España y América sin un rey legítimo, el descontento de España y el Nuevo Mundo, la revolución del 2 de mayo, el comienzo del fin de Napoleón, la guerra civil en España y en América que habría de terminar con el absolutismo de las monarquías y el nacimiento de una docena de repúblicas. En 1809, para colmo, tercera guerra entre Francia y Austria. Otro año trascendental. En Buenos Aires, el primero de enero de 1809, un vasco argentinizado, Martín de Alzaga, planeaba la independencia del virreinato del Río de la Plata en un Congreso compuesto por representantes de todas las ciudades del virreinato del Río de la Plata. Este virreinato era más grande que Europa. Metternich lo ignoró, como lo ignora un mundo de historiadores. Pero ello significaba que las ideas congresistas, parlamentarias, estaban en América antes de 1808 y avanzaban con rapidez. Entretanto, en este año, el emperador de Austria nombró a Metternich ministro de relaciones exteriores. El fin de su política se limitaba a lo que tenía ante los ojos: resistir a Napoleón. Temía una alianza de Francia con Rusia que habría encerrado a Austria. Por suerte, el zar no quiso casar a una de sus hijas con Napoleón y éste tuvo que contentarse con María Luisa, hija del empera-

dor de Austria. La alianza estaba hecha y el gran peligro aparentemente conjurado. Eran los primeros meses de 1810. Un día de abril de ese año, en una ciudad lejana que se llamaba Caracas, y otro día del mes siguiente, en otra ciudad denominada Buenos Aires, los pueblos destituían al gobernador y al virrey españoles y creaban juntas populares como en España.

Era una nueva forma de gobierno que se imponía en el mundo. Había comenzado en España, en 1808, y se había extendido a América. El pueblo se gobernaba por sí mismo en una parte del mundo. Y no era un pueblo salvaje del Oriente ni de África, sino de la inmensa monarquía española, la más grande de todos los tiempos. El pueblo recibía el poder de Dios, lo entregaba en parte a un gobernante y se lo retiraba si lo creía necesario: todo como había enseñado Santo Tomás y repetido un filósofo francés, Juan Jacobo Rousseau, que substituía a Dios por los hombres unidos en un contrato social.

Hay, ahora, en el escenario del mundo dos fuerzas contrapuestas que van a decidir los destinos de la humanidad: una es la Europa absolutista, tanto del zar Alejandro I como del emperador Napoleón, y la otra es la de los hombres oscuros de América. Los del Nuevo Mundo saben quiénes son los grandes enemigos de la Libertad. Los antiliberales, los absolutistas, no han oído jamás los nombres de quienes van a vencerlos. Goethe, con sesenta años —edad que entonces se consideraba avanzada— no concebía América. Era algo lejano e intrascendente, como había enseñado Hegel, o despreciable, como sostenía De Paw, que se exterminaba en sus propias revoluciones y luchas civiles. En efecto: en América había una inmensa guerra civil, como no se había conocido otra en el mundo, entre quienes defendían el sistema de las Juntas, que era el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, y quienes obedecían al Consejo de Regencia de Cádiz, que era la autoridad de unos pocos hombres corridos por Napoleón y refugiados en una tacita de plata.

Metternich no veía este mundo de cosas. El Océano era demasiado grande para comprender lo que pasaba al otro lado del mar. No sabía juzgar esas guerras de españoles y americanos, unos y otros divididos en liberales y

absolutistas, sin distinción de nacionalidades. El nacionalismo, latente en América desde siglos, era un nacionalismo *sui generis*, hispanoamericano, que, con el tiempo, adquiriría perfiles nítidos, surgidos de su orgullo de vencedores y de millonarios. Era lo que podía llamarse una conciencia nacional o patriótica o, más simplemente, americana. Para Metternich, totalmente desconocedor de estos problemas, tenía más importancia que su amante Carolina, hermana de Napoleón, reinara en Nápoles con Murat y que el hermano de Napoleón, José Bonaparte, fuera rey de una España que amenazaba cortarle la cabeza. Austria, con el casamiento de la joven princesa con Napoleón, se alejaba de Rusia, que se convertía en enemiga de Francia. Las intrigas de la política, la diplomacia y hermosas mujeres no dejaban ver lo que ocurría en la semisalvaje América que tenía Universidades como las europeas y puertos que comerciaban con toda la tierra.

La grandeza de América era tan desmesurada que los estadistas europeos no llegaban a comprenderla. Además, la pequeñez europea no inquietaba a los americanos. Primero sabían que estaba muy lejos. Luego no ignoraban que sus naciones vivían en guerra. Por último, les constaba que ninguna de esas naciones era capaz de cruzar el mar y desembarcar ejércitos para dominarlos. Inglaterra lo había intentado varias veces, principalmente en Buenos Aires, y había sido derrotada en forma vergonzosa. Alemania estaba dividida en treinta pequeñas naciones. La ciudad de México era la tercera del mundo, después de Londres y París, tan grande como Roma. Por el puerto de Buenos Aires corría el comercio de las provincias argentinas, cada una de las cuales podía encerrar varias naciones europeas, de Chile, del Perú y del Alto Perú. América era un conjunto de repúblicas poco pobladas, pero con recursos infinitos. Frente a ellas se hallaba un gigante de selvas y ríos que pertenecía a Portugal. Esta nación era aliada de Inglaterra y no entraba en la Santa Alianza. No había modo de dominar a los liberales del otro lado del Océano. Las gacetas de América hicieron saber un día que, en septiembre de 1812, Napoleón había conquistado Moscú. Era un triunfo que significaba el hundimiento del Gran Ejército francés. El marqués de Coulaincourt ha descrito en sus memorias la retirada de ese ejército que dejó miles

de kilómetros sembrados de cadáveres. Napoleón pronto lo rehizo con la juventud francesa. Pero los Estados alemanes pensaron en liberarse de Napoleón y unirse en una gran nación. El filósofo Fichte lo predicaba en sus discursos. Era una guerra de independencia o de liberación.

Metternich no veía con buenos ojos la formación de una nación alemana que podía hacer sombra a Austria. Todos los pueblos querían su liberación política. Inglaterra observaba el paisaje internacional, de odios y de luchas. Napoleón tenía demasiados enemigos y esto alegraba a los calculadores de Londres. Prusia tuvo valor para ponerse en guerra con Francia. Tenía a Rusia como aliada. Austria aumentó su ejército. Inglaterra se sumó a los descontentos. Entre tanto, en Cádiz, unos hombres constituían unas Cortes que pretendían revivir las de siglos anteriores y darse una Constitución. Era la primera de Europa, después de la revolución francesa, que se levantaba frente a Napoleón. Tomás de Iriarte, en sus monumentales memorias —desconocidas a tantos historiadores— ha referido cómo se desarrollaban las sesiones y cómo el pueblo bailaba cuando caían las bombas. Los americanos habían tenido un primer intento de Constitución en 1810, en Buenos Aires, con Mariano Moreno. El constitucionalismo se abría camino en el mundo. Los estudiosos europeos no lo sabían. Hoy lo saben los historiadores que contemplan el panorama de aquellos años en que América echaba las bases del mundo contemporáneo. Napoleón ni Metternich se dieron cuenta. Pobres hombres. Se destruían los unos a los otros sin advertir que del otro lado del mar pronto llegarían olas que arrasaban todos sus sueños. Las Cortes de Cádiz habían echado unas bases, en apariencia diminutas, que tuvieron un eco en Buenos Aires. En esta ciudad se hizo una Asamblea, en 1813, que fue una declaración fulminante de republicanismos y de liberalismo. Los retratos de los reyes fueron quitados de todas partes; los títulos de nobleza, abolidos; la inquisición, suprimida; la Iglesia y el Estado, separados; la esclavitud, prohibida; los hijos de los esclavos, declarados libres. Hubo tres proyectos de Constituciones. Uno de ellos estaba destinado a todo el Continente Hispanoamericano. Se legislaba para un continente tan extenso que los políticos europeos no podían concebirlo.

El mismo año de 1813, la batalla de las naciones, en Leipzig, fue una derrota para Napoleón y la libertad de los Estados alemanes. Ahora podían olvidarse del viejo feudalismo y pensar en una nación alemana, unida y poderosa. Era el surgimiento del fantasma alemán que Francia tendría toda su vida en sus noches de insomnio. Metternich, que tanto había conversado con Napoleón, se puso en su contra. Cometió el error político más grande de Europa. Buscó la alianza de Rusia y de Inglaterra para aplastar a Francia. La historia no se juzga en los instantes en que se elabora, sino años y siglos más tarde, cuando se comprueban sus resultados. Todas las naciones, con esa alianza, quedaron en el aire, libradas a sí mismas, a guerras ineludibles, a combinaciones diplomáticas que duraban instantes y a la condena de armarse las unas contra las otras. Estos fueron sus resultados. No sabemos que habría ocurrido en el mundo con un triunfo definitivo de Napoleón. Lo posible es que el comunismo no habría surgido, que Inglaterra no habría oprimido tantos países y que la historia hoy sería otra.

El hecho es que mientras unos pueblos americanos pensaban en Constituciones y tenían sus congresos o asambleas, en Europa, el 11 de agosto de 1813, Austria declaró la guerra a Francia porque contaba con la ayuda de Rusia, Prusia e Inglaterra. Era la coalición que terminaría con Napoleón. La guerra en España lo había consumido. Había aprisionado a los Borbones. Había hecho huir de Lisboa a Río de Janeiro a la familia de los Braganza. Había enviado emisarios a América para que fomentasen su independencia y el continente no cayese en manos de Gran Bretaña, ni de Portugal, ni de Fernando VII, ni de Rusia que, desde Catalina la Grande, soñaba con anexarlo a su imperio, ni de Estados Unidos, que miraba demasiado hacia el Sur. San Martín había derribado un gobierno, en Buenos Aires, en 1812, que no pensaba en la independencia y había logrado la Asamblea de 1813 que resolvió el gobierno del pueblo y de la libertad. Faltaban nuevos hechos que produjesen otras consecuencias. Napoleón no sabía que el hecho supremo que faltaba era su caída, su derrota definitiva, su prisión.

El primero de enero de 1814 las tropas de la coalición cruzaron el Rin. Fue el fin. Las intrigas de Inglaterra,

las traiciones de Talleyrand, el obispo mujeriego, de Metternich y de otros, había dado su fruto. Cuando, en Buenos Aires, el director Posadas supo la derrota de Napoleón, exclamó: "Nos ha dejado en los cuernos de la luna".

En efecto: todo había cambiado. Napoleón iba a ser un reyezuelo ridículo en la isla de Elba. Su mujer, María Luisa de Austria, lo rehuyó y traicionó con el acompañante tuerto que cantaba muy bien, que le habían puesto los aliados para que la acompañara y vigilara.

El Congreso de Viena se inauguró el primero de octubre de 1814. Pobre Congreso. Iba a decidir los destinos del mundo y lo único que hacía era vestirse de gala. El Congreso baila, se dijo. Mientras los intrigantes se susurraban en secreto sus proyectos, muchos descabellados, en América, tomaban otras decisiones que podían pesar en la balanza de la humanidad. En Buenos Aires se recordó que los miembros de las dos primeras Juntas de Mayo de 1810 habían jurado fidelidad a Fernando VII y devolverle estas tierras apenas recuperase el trono. En Europa nada se sabía de estos juramentos. Muchos historiadores americanos han creído que quienes juraron eran perjuros, falsos, hipócritas, embusteros. Nada de esto. Eran sinceros y el gobierno de Posadas envió enseguida una misión compuesta por Manuel Belgrano, Bernardino Rivadavia y Manuel de Sarratea a Londres, a ofrecer estas tierras, conforme a los juramentos de Mayo, a Fernando VII que había vuelto a su trono, disuelto las Cortes de Cádiz y restaurado el absolutismo.

En estos momentos —1814— el mundo, realmente, había cambiado. España podía convertirse otra vez en dueña de gran parte del planeta si aceptaba las proposiciones argentinas. Eran muy simples: el rey sería el rey; pero gobernaría un Congreso de todos los pueblos de América y se sometería a una Constitución. Un reino constitucional de España y América; la nación más grande y poderosa del mundo, dueña de un continente, de dos océanos, de los destinos del planeta. El comercio de este inmenso país sería, como siempre, el más rico de todos los tiempos. Podría imponer su voluntad a Europa; pero Fernando VII, ejemplo insuperable de estupidez, rechazó el ofrecimiento. Quería ser rey absoluto, mandar él solo. Nada de Congreso ni de Constitución. Más valía

fortificar el absolutismo y reinstalar la Inquisición. España, por su culpa, perdió América.

Y la pérdida de América por España dejó a los intrigantes del Congreso de Viena en libertad para arruinarse y seguir bailando. Polonia, que Rusia proponía dejar en libertad, y Sajonia, que Prusia pretendía ocupar, estuvieron a punto de envolver en guerra a Austria, Rusia y Prusia. La ciudad de Viena parecía la capital del mundo. Ninguno de los reyes y lacayos que andaban por sus calles, corredores, salones y dormitorios podía suponer que los destinos del mundo no se decidían en sus palacios, sino en algún punto inverosímil de la América hispana.

Mientras los emisarios argentinos recibían la negativa del insensato Fernando VII, de aceptar el trono de América con un Congreso y una Constitución, los alemanes fundaban en 1815 la *Deutscher Bund*, la Liga Alemana, que unió a todos los Estados alemanes con la protección de Austria y de Prusia. Era una federación que, más tarde, fue invocada como ejemplo por los federales de la Argentina. Era una nueva y poderosa nación que entraba en escena y crearía muchas inquietudes al resto de Europa. Pero más inquietudes creó, sin saberlo, un mediocre abogado y discutido general de Buenos Aires, Manuel Belgrano, cuando volvió al Río de la Plata con la noticia de que Fernando VII no aceptaba ser rey de América con un Congreso y una Constitución. Las ciudades y provincias del antiguo virreinato de Buenos Aires estaban en guerra entre sí, lo mismo que en Europa, por cuestiones personales de sus caudillos y, sobre todo, económicas. La provincia de Buenos Aires se quedaba con todos los ingresos del puerto, que eran cuantiosos. Las restantes provincias pretendían que se les diera alguna parte; pero como vivían en un sistema federal y cada una se gobernaba y administraba por su cuenta, nada les correspondía. Por ello se combatían. Para unir las se resolvió tener un encuentro en una ciudad lejana, Tucumán. Las provincias del río Paraná no concurrieron.

Las que fueron oyeron a Belgrano su exposición. Para conquistar la libertad y vivir con un Congreso y una Constitución había que declararse independientes. Ahí estaba un militar nacido en las antiguas Misiones jesuíticas, José de San Martín, que había servido en España, que perte-

neía a la masonería, que había sido enviado por la Logia de Cádiz a Londres, junto con otro militar, Carlos de Alvear, y otros señores, para fundar otra logia que trabajaría por la independencia de América. Esta logia nada tuvo que ver con la atribuída a Miranda, que nunca existió. Era la política napoleónica que lograba estos hechos. San Martín, unido a Belgrano, defendió la declaración de la independencia de la América Hispana. Casi todo el continente estaba dominado por las fuerzas de Fernando VII. Nada importaba. Se hablaría en nombre de los pueblos. Y así se hizo: el 9 de julio de 1816 el Congreso de Tucumán declaró la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sur, de todo el continente hispano.

Ésta sí que era noticia, y grande. Voló a Europa. Los diarios la comentaron. Los políticos la leyeron. Los historiadores, de entonces y de hoy, la ignoraron, no comprendieron su trascendencia y en sus libros ni la mencionaron. Pero la historia se estremeció. Era el surgimiento de un mundo liberal, democrático, parlamentario, constitucional, en que no gobernaban reyes, sino el pueblo. Había que impedirlo, destruirlo. Las repúblicas terminarían pronto con los regímenes absolutistas. Nadie se engañó. América se puso de moda. Alejandro de Humboldt estudió a fondo su naturaleza y su historia, desde Colón en adelante. El abate de Pradt se hizo amigo de Bolívar, que le otorgó una pensión, y escribió en favor de la causa americana. Benjamín Constant atacó a Bolívar porque no lo estudió.

No hablemos más de Napoleón, bien conocido en las escuelas. El Congreso de Viena, se dice, organizó el orden en Europa. ¿Qué orden? La usurpación, por parte de Austria, de Lombardía y Venecia y los intentos revolucionarios italianos por alcanzar su unidad. La guerra de Crimea, en que España estuvo ausente, la guerra por la unidad italiana y alemana en 1870. Todos estos hechos y otros muchos no fueron pruebas de orden, sino de descontentos continuos. La guerra franco-prusiana, también del 70, el ferrocarril que pensaba construir Alemania hasta Persia y las intrigas de Inglaterra para impedirlo, y la primera guerra europea, marcaron el final de ese orden que empezó a prepararse en 1814 y no se logró hasta el 1914 y el final del 18 en que un presidente norte-

americano creyó que recomponía el mapa de Europa de acuerdo con sus teorías.

Lo que logró el Congreso de Viena fue dar a Metternich un poder muy grande en Europa. Y también una miopía: El emperador de Austria fue tan obtuso como Fernando VII. Si éste rechazó América por no admitir un Congreso y una Constitución, el distraído Francisco José no quiso, por dos veces, ser emperador de la Alemania unificada. Si uno perdió América, en 1814, el otro perdió Europa en 1815. La estupidez de Fernando estuvo en buena compañía con la de Francisco. En 1816 América se declaró independiente en Tucumán. Y Europa empezó a temblar.

Nadie dudaba de que si las repúblicas y el liberalismo avanzaban las monarquías y el absolutismo sucumbirían. ¿Qué hacer para impedirlo? La masonería trabajaba en las sombras. La vieja sociedad, más o menos internacional, se había dividido y nacionalizado en una masonería inglesa, en una masonería francesa, en una masonería italiana (que no hay que confundir con los carbonarios), en una masonería española, que invocaba los santos, y en otras masonerías en Estados Unidos y el Brasil. Unos masones eran monárquicos; otros, republicanos. Unos usaban el color rojo; otros, el azul. Los sacerdotes, los clérigos y obispos abundaban en las filas masónicas. El estudio crítico y documental de la masonería sólo en estos años se está haciendo en forma seria y todo lo que se ha escrito antes puede olvidarse. Los masones hispanoamericanos querían un Congreso y una Constitución, la libertad de pensamiento y la confraternidad de todos los hombres, sin distinciones de razas y religiones. Todo esto asustaba a Metternich, al zar Alejandro y a otros absolutistas. Alejandro, desde 1815, leía un libro de un alemán Baeder en que hablaba de la conveniencia de unir la política y la religión para hacer frente a las ideas de la revolución francesa. Además, el zar tenía una amiga alemana, del Báltico, llamada Juliana von Krüdener, que le inculcó la urgencia de firmar un pacto sagrado entre todos los monarcas absolutistas para defenderse de la democracia y del liberalismo. Fue el pacto de la Santa Alianza. Javier de Maistre, ministro del rey de Cerdeña en Rusia, se rio no poco de este pacto y dijo que tenía un buen secretario, aludiendo al zar Alejandro. El hecho es

que la independencia de América y las ideas democráticas de los hombres que habían luchado por ese gran triunfo dieron origen a la Santa Alianza. Mucha era la gente, de poco o algún talento, que preveía que Europa, en algunos años, sería toda constitucional. Y esto había que impedirlo. ¿Cómo? Reconquistando América, imponiéndole de nuevo el absolutismo de Fernando. Para ello se necesitaban hombres. España reuniría unos veinte mil. Se requerían barcos. Rusia y otros países los facilitarían o venderían. La expedición se dirigiría al Río de la Plata, a ese Buenos Aires donde San Martín había llegado y pasado a Chile y aniquilado a los españoles en Chacabuco y Maipú. El eco de esta batalla, sobre todo, impresionó mucho en Europa. España era vencida por un general desconocido. Los hombres que habían hecho frente a Napoleón, en la Península, eran derrotados en Chile. Y esta era una nación más que no reconocía a reyes. Las monarquías europeas trataron en varios congresos el destino de España, o sea, el de América. Prepararon la gran expedición de veinte mil hombres que debía partir desde Cádiz y dirigirse al Río de la Plata. Veinte mil hombres nunca habían formado un ejército en América. Saldrían triunfadores en cualquier combate. Conquistarían las pequeñas ciudades de la Argentina, pasarían a Chile y el Perú y terminarían con la resistencia de Bolívar que aún triunfaba en el norte. Plan espléndido, que aseguraba el triunfo de la Santa Alianza en América; pero tenía un solo inconveniente.

Portugal había querido, siempre, hacer del Río de la Plata una frontera de sus dominios. La ocupación de la Banda Oriental era un problema. La resistían los uruguayos y la requerían los argentinos. Pero el gobierno de Buenos Aires era cauto, pues no deseaba indisponerse con Portugal y convertirlo de amigo en un enemigo. Por ello no hacía caso de los llamados desesperados de Artigas y de los gobiernos del Litoral que clamaban por una reconquista de la Banda Oriental. En el seno de la Santa Alianza discutieron el portugués Palmela y el español Fernán Núñez. Gran Bretaña y la Santa Alianza no ayudaron a España. Temían una guerra con América. España tuvo que ofrecer a Portugal ventajas en cuestiones de límites y devolver la plaza de Olivenza. Las discusiones continuaron en Aquisgrán, donde España pudo apreciar

la frialdad de las grandes potencias, todas contrarias a una guerra con América. Es así cómo España intensificó sus preparativos para lanzar al Océano su gran expedición; pero ocurrió algo inesperado. Portugal, por las discusiones existentes, no permitió a España que sus buques tocaran en las costas del Brasil ni desembarcaran en Montevideo. Primero había que arreglar muchas cosas. Sin este permiso era casi imposible, a tantas naves, con veinte mil hombres, cruzar el Océano. Además, el gobierno portugués en Río de Janeiro estaba en comunicación con el director de las Provincias Unidas de la América del Sud, Juan Martín de Pueyrredón. Es algo secreto que los monarcas de la Santa Alianza y sus sagaces ministros, empezando por Metternich, ni siquiera sospechaban y los historiadores de hoy, tampoco. Pueyrredón planeó la independencia de América con un inca a la cabeza, como había propuesto Manuel Belgrano en Tucumán. Un hijo de este inca casaría con una infanta de Portugal. La unión de América sería completa: una América inmensa, bilingüe, constitucional, que dirigiría el comercio del mundo y no dependería de la Santa Alianza, de Inglaterra ni de nadie. Pocos historiadores han conocido estos proyectos. En Europa, ninguno. Por algo hay que rehacer nuestra historia y la de los otros. Y, por si esto fuera poco, Pueyrredón envió dos emisarios secretos a España: Tomás de Lezica y Andrés de Arguibel. El hermano de Tomás, don Ambrosio, facilitó al gobierno grandes sumas para la sublevación del ejército de los veinte mil hombres en Cádiz. Los emisarios partieron, trabajaron en silencio y el ejército se sublevó el primero de enero de 1820. Aquellos hombres, en vez de partir a América, para subyugarla, revivieron la Constitución de Cádiz, de 1812, y el constitucionalismo se impuso en España.

Este fue el gran triunfo de Pueyrredón sobre Metternich, a quien nunca conoció y cuyas biografías jamás consignaron. Duelo a través del Océano que hizo fracasar todos los planes de la Santa Alianza respecto a América. Nunca más volvería a intentarse la reconquista de América. No faltaron planes que quedaron en las sombras y que investigadores actuales han descubierto. Metternich tenía entonces unos cincuenta años. Pueyrredón, su vencedor, cuarenta y cuatro. Adiós a las lucubraciones

nes y sueños de los congresos de Aquisgrán y de Verona, de Troppau y de Leibeck.

A Metternich y a Europa no les quedaba otra esperanza que resolver sus problemas. Pobres problemas que entonces parecían enormes y la historia demostró que eran insignificantes. Esfuerzos de Austria para debilitar y anular a Alemania. Llegó un día, como todos recuerdan, que un austríaco, convertido en alemán, anexó Austria y la hizo desaparecer del mapa. Cuando este alemán se suicidó, Austria renació, no como el Fénix, sino como un Estado tan pequeño como nunca había imaginado: un bello museo con Viena, el vino y las mujeres. Además, aquella Alemania aplastada tenía un rey, Federico Guillermo III, enamorado de la Constitución de Cádiz de 1812, que prometió a su pueblo en 1815. Ese ideal, en 1820, se expandió en Europa con la velocidad del viento. Revolución y Constitución en Nápoles, en Portugal, en 1821 en Grecia. En las calles de las ciudades europeas había cantos de protesta. Austria era odiada en Italia. En París fue asesinado en el teatro el duque de Berri. Metternich impidió la Constitución alemana. Tejía una tela inmensa en Europa como una araña sobre el liberalismo: él, que tanto gustaba contemplar las arañas. En los diarios se hablaba de Bolívar. Los comerciantes de Europa traficaban con América. En la correspondencia de casas comerciales de Buenos Aires, como las de Alzaga y Santa Coloma, consta que recibían mercaderías de Londres, de Hamburgo y de otros puertos alemanes. En realidad, existía un comercio libre en América por disposición del rey de España desde el 1778. Cuando la Segunda Junta del 25 de Mayo de 1810 se hizo cargo del poder, en Buenos Aires, lo primero que resolvió fue aumentar los derechos de aduana y los comerciantes ingleses protestaron. Algunos historiadores europeos han creído que este comercio de Europa con América era secreto. Nada de secreto. Agregan que la Santa Alianza no intervino en las cuestiones americanas, por lo cual es una leyenda que Monroe y Canning hayan detenido sus pretensiones. Para demostrarlo acuden al comercio que existía entre ciudades alemanas y ciudades americanas.

Esto necesita aclaraciones. No se debe confundir, en primer término, la política con el comercio. En aquel entonces, el comercio de América con el mundo sólo estuvo

interrumpido con España. A América, por el Pacífico, llegaban mercaderías de la China, y a Buenos Aires, por el Atlántico, productos de Europa, Estados Unidos y otros puertos de la Tierra. Los comerciantes alemanes no se preocupaban por los planes de Metternich, del zar Alejandro y otros personajes. Comerciabán y ahí están, en los libros copiadores de cartas de grandes firmas de Buenos Aires, las pruebas de que llevaban al Río de la Plata sus excelentes mercancías desde antes de la independencia. Eran los gobiernos americanos los que imponían condiciones; no los europeos que mendigaban la colocación de sus productos. La política de la Santa Alianza no sólo intentó llevar al otro lado del mar veinte mil hombres para aplastar a los liberales, a los demócratas y republicanos, si no que, una vez fracasada la expedición de 1820, pensó en otros medios para deshacer el liberalismo. Estos medios fueron dos: uno, hacer propaganda en favor de las ideas monárquicas y lograr que algún general se convirtiese en rey de alguna parte de América o un gobierno llamase a algún príncipe europeo para colocarlo en un trono. Otro: asesinar a Bolívar y a otros grandes jefes de la independencia triunfante. Como apéndice, la Santa Alianza tenía que impedir que España y Portugal fuesen a una guerra por la posesión de la Banda Oriental en poder de Portugal.

Una guerra entre estas dos naciones habría involucrado posiblemente a Gran Bretaña y no sabemos si a otros países, como Estados Unidos. Metternich, con su intransigencia absolutista, se opuso, en 1818, en el Congreso de Aquisgrán, a que se invitara al gobierno de Buenos Aires a intervenir en los debates. No comprendía la importancia de América, como no la entendieron otros dictadores de un siglo más tarde. Para colmo, la masonería logró que don Pedro, en el Brasil, se separase de su padre, don Juan, rey de Portugal, y fuera proclamado emperador. Por fortuna, no era una nueva república, sino un nuevo imperio bastante democrático que seguía poseyendo la Banda Oriental. Era el año 1822. Las repúblicas americanas, entre tanto, exigían el reconocimiento de su independencia. La primera nación en el mundo que reconoció la independencia argentina fue la del rey Kamehameha I, de las islas Hawai. Portugal llegó después, pero Buenos Aires rechazó el reconocimiento porque daba

a Portugal mayor libertad para quedarse con la Banda Oriental. Vino luego el de los Estados Unidos y, por último, el de Gran Bretaña. Prusia y Austria, en 1822, en el Congreso de Verona, no quisieron reconocer la independencia de las naciones americanas como había propuesto Canning. Inglaterra se separó de hecho de la Santa Alianza; pero ésta, al año siguiente —1823— tomó una resolución que encomendó a Francia: ocupar España por la fuerza para aplastar a los liberales españoles e imponer a Fernando como rey absoluto. En vez de combatir a los constitucionalistas americanos, que estaban tan lejos, se dedicó a los españoles. Fue la invasión de los cien mil hijos de San Luis —en realidad muchos menos— con el duque de Angulema al frente.

El absolutismo y la inquisición dominaron en España. Rafael del Riego, el que se había sublevado con veinte mil hombres en Cádiz, fue ahorcado y los liberales, masones, constitucionales, etcétera, perseguidos como fieras, asesinados o exhibidos en jaulas.

En 1823, en la conferencia de París, se habló largamente de la cuestión hispanoamericana. Las naciones de la Santa Alianza tuvieron miedo de cruzar el mar, de lanzarse a pelear en América, en sus selvas y en sus desiertos. Sus soldados sabían combatir en las calles de pueblos y de ciudades, donde siempre había una taberna a mano, casas que saquear y mujer que violar. El misterio de América los confundía. Una cosa era ir a combatir a favor de los liberales, como voluntarios, y otra presentarse en su contra. Hasta indios antropófagos podían devorarlos. La guerra entre dos mundos: el europeo y el americano, que había comenzado con la declaración de la independencia de toda América en Tucumán, llegaba a su fin por el miedo que la Santa Alianza, o sea, media Europa, tenía a los hombres de América. Rusia, Austria, Prusia y Francia se negaron a enviar ejércitos al Nuevo Mundo. Canning sonrió. Monroe se había adelantado declarando que América era para los americanos. Rusia, que era dueña de Alaska y tenía fuertes en California, no se decidió a ir más allá.

Nada debe América a Gran Bretaña ni a Estados Unidos en su lucha por la independencia. América se impuso por sí misma, con sus triunfos, con su ideal de ser la nación más grande y poderosa del mundo. Pudo

serlo; pero no lo fue por las ambiciones de sus generales. Cada uno quiso ser presidente de un Estado. El sueño de Bolívar y de San Martín, de una inmensa América, sellado en Guayaquil, se derrumbó. San Martín, cumplido su compromiso de gobernar sólo un año en el Perú y dejar el gobierno a los peruanos, planeó un ataque, como simple particular y con el ejército de Rudecindo Alvarado, a las fuerzas españolas del Alto Perú; pero Rivadavia, ministro en Buenos Aires, lo hizo fracasar. También planeó San Martín organizar el país, unir las provincias desunidas, en el Congreso de Córdoba y, luego, fusionar la Argentina organizada a Chile y el Perú y dar vida a una inmensa nación; pero también la oposición de Rivadavia lo hizo fracasar y entonces se fue a Europa. Quedaba Bolívar, en lucha con los federalistas que desahacían la Gran Colombia.

Bolívar, lo sabía toda Europa, era un hombre extraordinario. Estaba dispuesto a invadir el Paraguay, para libertar a su amigo Bonpland, encarcelado por un dictador sombrío, y el Brasil, para que Buenos Aires recuperara la Banda Oriental. Pero el gobierno de Rivadavia —siempre funesto— se opuso. Recelaba de su hegemonía en América, desconfiaba de sus buenos principios y temía caer bajo su posible dominio.

Metternich fue el hombre del absolutismo en Europa, el sostenedor de la fracasada Santa Alianza, reducida a Rusia, Austria y Prusia. Pretendió reimponer el absolutismo en una Europa que marchaba derecha al liberalismo y al constitucionalismo. El gran cambio lo había hecho América; primero la del Norte, con su independencia constitucional. Luego, la del Sur, con su otra independencia también liberal y constitucional. Quería impedir la independencia de Grecia que defendía hasta el discutido lord Byron. Fue preciso que los barcos de guerra franceses e ingleses venciesen a los turcos en Navarino. Metternich, para resarcirse de esta pérdida, admitió a los jesuitas en Austria e hizo prohibir el casamiento de católicos con no católicos. Más tarde, su última mujer lo obligó a oír misa todos los días.

No avancemos en el tiempo. Metternich, por fin, se dio cuenta de que América lo había vencido y que era preciso tomarla en serio. Todo el mundo comerciaba con América. Los que no lo hacían salían perdiendo. Estados

Unidos seguía marchando hacia el Sur. España, después de Ayacucho, en diciembre de 1824, y de Pedro Antonio de Olañete, en Tumusla, poco después, no tuvo más esperanzas de reconquista. Alejandro I, el zar de Rusia, nieto de Catalina la Grande y autor de la Santa Alianza, murió en 1825. Dos años antes, Portugal había propuesto una Santa Alianza euroamericana o una Contrasantana Alianza que debía reunirse en Washington con los plenipotenciarios de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y Perú. La *melange* no podía ser más colorida. Los historiadores corrientes, como es natural, la han desconocido. El ministro de Portugal le dio este proyecto escrito a Rivadavia y éste se lo pasó al general Mosquera, para que lo hiciese llegar a Bolívar, sin añadir una palabra. Como es natural, quedó en el olvido; pero no sabemos si Metternich no lo conoció y algo debió temer. En 1824, agentes de la Santa Alianza, que vivían en Londres, escribieron a Bolívar que se proclamase rey. Bolívar no les hizo caso. El príncipe de Polignac expresó a unos enviados peruanos que en América debía coronarse un príncipe europeo o un revolucionario: cualquiera, con tal que hubiese monarquía. Pero la única monarquía que existía en América era la del Brasil y, además, estaba por entrar en guerra con la Argentina por la posesión de la Banda Oriental. En la familia imperial brasileña, según chismes de sirvientes, se hablaba con desagrado de Bolívar, y Bolívar no veía con simpatía al emperador por los informes que le traían. Lo consideraba una lanza de la Santa Alianza.

Los uruguayos, hartos del dominio imperial brasileño, proclamaron su reincorporación a las Provincias Unidas y esto fue el origen de la guerra. Por último, otro gran temor: ese diablo de Bolívar había invitado a los pueblos de América a reunirse en Panamá en otra Santa Alianza Americana que iba a convertir a América en una potencia extraordinaria. Se hacía necesario que desapareciese Bolívar. En Buenos Aires y en otras partes empezó a circular la voz de que la Santa Alianza preparaba el asesinato de Bolívar. ¿De dónde salió esta acusación? Lo cierto es que corría y que, unos años más tarde, el 25 de septiembre de 1828, unos conspiradores estuvieron a punto de matarlo si no lo salvaba su amante Manuela Sáenz. Cuando, otros hombres, asesinaron al mariscal Sucre, en 1830, también

se dijo que había sido por influencia de la Santa Alianza. No hay pruebas terminantes. Era un espectro que aparecía por todas partes. Pero un espectro que no pasaba de espectro. La vieja Santa Alianza europea estaba convertida, en efecto, en un espectro.

La Argentina, en 1826, estuvo en guerra con el Brasil hasta el 1828. Alvear deshizo el ejército brasileño en Ituzaingó: ejército formado por colonos alemanes que llegaban al Brasil convencidos de que iban a labrar la tierra y se les disfrazaba de soldados. El almirante Brown venció en el mar a los imperiales en todas las batallas. La Santa Alianza no se atrevía a enviar ejércitos formales al Brasil. La mujer de don Pedro, doña Leopoldina, era austríaca, hija del emperador; pero América no era Polonia u otro país europeo. Era algo difícil de alcanzar y el Río de la Plata había vencido a los ingleses en sus dos invasiones, había logrado la independencia de América y deshecho al Brasil. Mandar hombres al matadero no convenía. Lo que convenía era saber lo que pasaba en América. Por ello, Metternich envió a Río de Janeiro a un encargado de negocios, de fino y conciso estilo, agudo observador y diestro diplomático: el barón de Mareschal.

Desde el 1824, Mareschal remitió a Metternich, dos y tres veces al mes y cada vez dos o tres cartas, con noticias del Brasil y de América. Muchos hechos que no se conocen por otra documentación son revelados por sus cartas. Se trata de una fuente riquísima, hasta ayer insospechada, que ha comenzado a publicar en su revista el Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro. "Mon Prince", decía Mareschal a Metternich, y pasaba a referirle mil detalles de la corte imperial brasileña, de lo que ocurría en el Río de la Plata, en el Perú y otras partes de América. Le hablaba de las batallas que libraban los españoles absolutistas con las fuerzas de Bolívar. Algunas noticias, a veces, eran falsas; pero en seguida las corregía. También descubría los desacuerdos que existían entre los americanos. Ninguna otra corte europea, que se sepa, tuvo una información semejante. Metternich, gracias a su encargado de negocios, fue el hombre que mejor conoció la política de la América del Sud; sus hombres, sus hechos, buenos y malos, y, cada tanto, toques referentes a mujeres, que siempre le interesaban. Esta correspondencia, realmente extraordinaria, se encuentra en el archivo de Viena

y debería ser analizada por los historiadores europeos que tan olvidada tienen la América del Sud. Metternich conoció así las guerras de la independencia, pormenores de sus generales y gobernantes, de sus caudillos, de lo que ocurría en los lugares más recónditos. La política hispanoamericana estuvo en sus manos. Supo mucho de Rivadavia y de lo que pasaba en el palacio del emperador mejor que el mismo don Pedro. Metternich puede ser presentado, en este aspecto, como un geopolítico americanista como no hubo otro en Europa. Por algo Austria reconoció la independencia del Brasil en diciembre de 1825; Prusia en febrero de 1826 y las ciudades ansáticas Macklemburgo y Hannover en 1827. El comercio era el comercio.

El pobre Metternich, tan galante y absoluto, dueño de Europa, en un momento terrible, vio surgir y triunfar el liberalismo republicano y constitucional. Vio morir a sus amigos y a sus amigas y, aún peor, las vio envejecer. Eran amantes que algunas veces le habían sido fieles. Pasaban de rey en rey o de ministro en ministro y sabían la historia de aquellos años mejor que todos los historiadores que nos interesamos en estos temas. Metternich se volvió sordo, perdió mucho la vista de un ojo. Presenció la revolución de 1848, que tanto disgustó a San Martín en París. Y renunció a sus honores políticos. En realidad, fue despedido. Fue el 13 de marzo de 1848. Tenía setenta y cinco años y no parecía, por cierto, el de otros tiempos, conquistador de damas y dominador de reyes. En aquella Europa convulsionada, que trágicamente, vertiginosamente, pasaba del absolutismo más duro al liberalismo más desenfrenado, aparecían pujantes el socialismo y el comunismo. Nombres nunca oídos encandilaban a las multitudes: Marx, Engels y otros muchos energúmenos que hablaban de los derechos de los obreros, que los instaban a unirse, en toda la tierra, para que el mundo fuera suyo. La propiedad era considerada un robo. Cristo no había existido. Al clero había que ahorcarlo. Parecía un resurgimiento de la revolución francesa. ¡Si Napoleón viviera! exclamaban muchos. Toda la política de Metternich se había derrumbado. Andaba solo y triste por las calles de Londres. No sabemos si alguna vez se cruzó con otro hombre solo y también triste que, en la historia del mundo, había hecho mucho más que él: San Martín. Los dos campeones, del absolutismo y del liberalismo, desprecia-

ban por igual esos movimientos de trabajadores ignorantes y fanáticos, que reclamaban mejores sueldos y sólo lograban multiplicar la pobreza. La solución era emigrar a esas tierras del Nuevo Mundo donde los esperaba un trabajo mejor remunerado y la seguridad de ser propietarios, ricos y, muy pronto, tan señores como los que odiaban y escarnecían. Metternich, que había vencido a Napoleón, había sido derribado por ese pueblo que él tanto había desdeñado. Sabía que al otro lado del mar había naciones tan grandes como media Europa, que serían la reserva del mundo. ¿Para qué había gobernado cuarenta y siete años? Empezó a vivir de recuerdos, como todos los viejos. Recordó cómo fue saqueada su casa en Viena, cómo pudo huir gracias a su amigo Rotschild, judío, que le dio mil ducados, cómo pudo refugiarse en Londres, después de un viaje penosísimo. Recibió la amistad y el elogio del judío Disraeli, novelista y estadista notable. Empezó a escribir cartas a sus antiguos amigos. Era una manera de no dejar morir el pasado, de conservar lo que, en verdad, había perdido.

La revolución parisina de 1848 fue mal vista en Europa. Los excesos de los obreros, su inhumanidad, la desprestigiaron. Metternich fue consultado por un mundo de políticos. Había que reaccionar. Al mismo tiempo, los historiadores escribían la historia. Ahí estaban Guizot, Thiers, von Ranke: las glorias del romanticismo y del criticismo.

En 1851, cuando en la Argentina terminaba el período de Rosas, el emperador de Austria le escribió que deseaba agradecerle lo que había hecho por el imperio. A los seis meses volvió a Viena. Fue un viaje lleno de honores. Escribió ocho tomos de memorias. A los ochenta y seis años daba consejos al emperador de veintinueve años. Murió poco después, el 10 de junio de 1859. Estaba seguro de haber sido un gran vencedor. Así lo juzgan los historiadores. Fue, en cambio, un gran vencido. Lo venció América, lo vencieron los forjadores del liberalismo y del constitucionalismo, del republicanismo, los hombres del Nuevo Mundo que nunca conoció, pero cuyos nombres le transmitió el barón de Mareschal. Lo había vencido, para siempre, a él y al absolutismo, la Libertad.